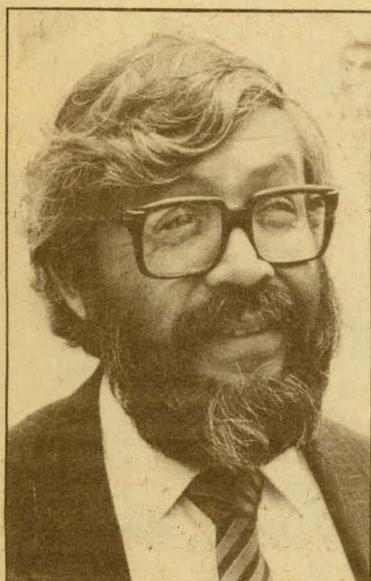


Campana de

Dimes Y Diretes

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

ENERO - 20 - 1988. -



Es normal, aunque no sea deseable, que una campaña presidencial, una campaña electoral cualquiera, suscite la exacerbación de las enemistades propias de quienes perteneciendo a partidos políticos distintos, ven la vida de manera diversa y se comportan frente a sus hechos cruciales de modo diferente también. No es sano, sin embargo, reducir una contienda por cargos de elección popular en mero ventilamiento de diferencias personales.

Todo el mundo recuerda la agria campaña de 1962, cuando el candidato priísta Ruiz Cortines fue acusado de colaboracionista con el enemigo. El general Francisco J. Múgica, que se quedó en la antesala de la Presidencia de la República después de haber sido un valiente revolucionario, un constituyente

lúcido y un funcionario y político ejemplar, puso toda la autoridad moral que le provenía de su trayectoria para acusar, con pelos y señales, aunque no con plenitud de detalles que condujeran a la convicción de todos, que un señor A. Ruiz C. había estado en la nómina de la administración norteamericana cuando el gobierno de Washington se aposentó en Veracruz en 1914. Sobre esa acusación giró buena parte de la campaña presidencial de entonces. Si se me permite un recuerdo personal, diré que en mi ánimo infantil, a los 10 años, las ilustraciones en color que se repartían por miles en pequeñas tarjetitas, representando al aspirante priísta con el mapa de la República en las manos, entregándolo a un soldado yanqui, me sublevaban, y se incudían a lanzarle fuertes reproches a mi padre, miembro forzado, como ejidatario que era, del partido gubernamental.

Aquella acusación fue contrarrestada por la propaganda priísta con el testimonio, entre otros pero de manera principal, del general Jacinto B. Treviño, que había sido concañado de don Adolfo, y su jefe, pues cuando Treviño fue secretario de Industria, Comercio y Trabajo en el efímero periodo de don Adolfo de la Huerta, Ruiz Cortines trabajó con él como secretario particular. El general dio testimonio que el candidato de entonces había estado a sus órdenes en la ciudad de México precisamente en abril de 1914, a que correspondía el "payroll" presentado por Múgica como prueba de su denuncia. Como quiera que sea, la acusación no halló eco generalizado, entre otras cosas por el control gubernamental sobre la prensa, y no se convirtió en una arma política con eficacia tanta como para impedir el arribo de Ruiz Cortines a la Presidencia.

Las invectivas que ahora se lanzan entre sí los candidatos a la Presidencia son de otro jaez. Aunque algunas de ellas también aluden a hechos de la biografía de cada quien, no implican precisiones sobre acontecimientos específicos, aunque un participante espontáneo y no desinteresado, el doctor Eli de Gortari, ha ofrecido dar cuenta de hechos relacionados con Heberto Castillo, su antiguo correligionario en la movilización estudiantil popular de 1968.

Resultan también normales las contradicciones derivadas de las acusaciones. El candidato panista, Manuel J. Clouthier, por ejemplo, juzga que Salinas, Cárdenas y Castillo, que a su vez se combaten entre sí, están cortados por la misma tijera. Para una mentalidad rústica (sin que en ello hagamos alusión alguna a su condición de empresario agrícola) como la del aspirante presentado por Acción Nacional, todos son socialistas. Encontraría serias dificultades en probar que el candidato priísta esté afectado siquiera por alguna veleidad estatista o socializante, siendo que fraguó uno de los más

servios embates contra la empresa pública, cuyas consecuencias siguen produciéndose. Claro que para Clouthier, que seguramente quisiera que el gobierno se desprendiera hasta de Pemex o del Metro, Salinas resulta un rojo. En cambio Cárdenas y Castillo lo denuncian por su participación en el diseño de una política neoliberal y privatista.

Lo que en estas circunstancias va resultando lamentable es el intercambio de ataques entre Cárdenas y Castillo. Ambos fueron amigos entrañables, y trabajaron juntos en una pequeña empresa constructora, en los lejanos años cincuentas, lo que ha servido para que el doctor De Gortari, sin la discreción a que lo obliga su condición de tío de Salinas, llame a ambos empresarios multimillonarios. Aunque cerraron Inde, que así se llamaba tal empresa, continuaron trabajando políticamente en compañía. Juntos militaron en el Movimiento de Liberación Nacional, y aun cuando en 1966 al declinar esa corriente el ingeniero Cárdenas entró en el consejo técnico de la Confederación Nacional Campesina —al mismo tiempo, por cierto, que don Enrique González Pedrero, que ahora es director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI, después de ser gobernador de Tabasco— ellos y sus familias siguieron próximos. Por eso suenan mal los reproches del ingeniero Castillo a su amigo y ex correligionario, recordándole que actuaba en campo distinto o contrario en circunstancias graves para el país, cuando que esa actuación no había sido motivo para distanciamientos como los que ahora son patentes entre ambos. Cárdenas, por su parte, que tan mesurado es, cayó en la tentación de responder tanto a Castillo como a De Gortari.

Esos dimes y diretes, que por lo demás no deben asustar pues son inevitables, ilustran una de las causas por las que el PRI seguirá siendo ganador de las elecciones durante un lapso. No niego que su presencia ante el electorado haya disminuido, pues las cifras son elocuentes al decir lo contrario, pero afirmo que la dispersión de la oposición es un factor invencible que asegura el predominio priísta. Pudiera ocurrir en julio próximo; más todavía, aseguramos que ocurrirá el día de las elecciones, una disminución sensible en el número de sufragios obtenidos por el partido gubernamental, ya porque el conteo será más riguroso por la mayor vigilancia ciudadana que habrá en esa jornada, ya sea porque la irritación muy difundida que puede percibirse en este momento persiste hasta el verano y se expresa en las urnas. Me parece, sin embargo, que salvo un cataclismo social, aun disminuida la votación priísta asegurará su hegemonía aún en el Poder Legislativo, donde acaso pierda más bancas que nunca, pero estará lejos de la minoría.

El caso del Distrito Federal ilustra ya esa circunstancia: en la elección legislativa de 1985, el número de votos del PRI fue menor que la cifra obtenida por todos los partidos de la oposición juntos. Y eso no obstante, el PRI no perdió una sola de las 40 curules en disputa. No hay en ello nada ilegal. Es una consecuencia del sistema de elecciones. Por lo tanto, hay quienes pueden estimarlo ilegítimo, y riesgoso por la deformación que indica en la representatividad de los legisladores. Pero en un mecanismo de mayoría relativa, es decir donde no se requiere contar con la mitad más uno de los votantes, gana simplemente el que tiene más sufragios a su favor, aunque sean pocos en números absolutos y aunque el porcentaje en números relativos sea también minoritario, siempre que se trate de la minoría mayor.

De alrededor de 63 por ciento de los votos obtenidos por el PRI en la última elección presidencial puede caer hasta niveles mucho más bajos. No lo niego, pero el sufragio opositor se repartirá en torno de seis candidatos presidenciales más, y la abstención cosechará también su parte abundosa. Con eso será suficiente para que el aspirante presidencial del PRI sea elegido. Otra cosa será, claro, la legitimidad histórica de una elección que lo pusiera muy abiertamente en minoría.